

que les era inherente; á consecuencia de una pérdida de estados de conciencia hay una pérdida de tiempo. Ahora bien, los procedimientos abreviados, de que hemos hablado, suponen esta pérdida. Si para seguir un recuerdo lejano necesitáramos seguir la serie entera de los términos que nos separan de él, la memoria sería imposible, á causa de lo largo de la operación (1).

Llegamos, pues, á sacar de este resultado paradójico, que una condición de la memoria es el olvido. Sin el olvido total de un número prodigioso de estados de conciencia y el olvido momentáneo de otro gran número, no podemos recordar. El olvido, salvo en ciertos casos, no es, pues, una enfermedad de la memoria, sino una condición de su salud y de su vida. Encontramos

(1) Abererombie (*Essay on intellectual Powers*, página 101) nos presenta una prueba: «El Dr. Leyden tenía una facultad extraordinaria para aprender lenguas, y podía repetir exactamente un largo *Decreto* del Parlamento ú otro documento semejante, que no había leído más que una vez. Un amigo le felicitó por este don tan extraordinario, y le respondió que, lejos de ser una ventaja, era frecuentemente para él un gran inconveniente. Explicó que cuando quería recordar un punto cualquiera de alguna cosa que había leído, no podía hacerlo sino repitiéndose la totalidad del trozo, desde el principio hasta que llegaba al punto que él quería recordar».

aquí una analogía notable con los dos procesos vitales esenciales. Vivir, es adquirir y perder; la vida está constituida por el trabajo que desasimila, tanto como por el que fija. El olvido es la desasimilación.

Un segundo resultado (y éste nos lleva de nuevo á las funciones visuales) es que el conocimiento del pasado se parece á un cuadro de perspectivas lejanas, á la vez engañoso y exacto, y que saca su exactitud de la ilusión misma. Si por una hipótesis irrealizable pudiésemos comparar nuestro pasado real, tal como ha sido fijado por nosotros objetivamente, con la representación subjetiva que nos proporciona nuestra memoria, veríamos que esta copia consiste en un sistema particular de proyecciones; cada uno de nosotros se orienta sin trabajo en este sistema, porque él lo ha creado.

IV

Hemos ido subiendo por partes hasta el más alto grado de la memoria; nos falta ahora seguir el orden inverso y volver progresivamente á nuestro punto de partida. Este regreso es simplemente para demostrar por segunda vez que la memoria consiste en un proceso de organización de grados variables comprendidos entre dos

límites extremos; el estado nuevo, el registro orgánico.

No hay forma de actividad mental que atestigüe más altamente en favor de la teoría de la evolución. Desde este punto de vista, y sólo desde este, se comprende la naturaleza de la memoria; se ve que su estudio no debe ser solamente una fisiología, sino más bien una morfología, es decir, una historia de sus transformaciones.

Tomemos, pues, la cuestión en el punto en que la hemos dejado. Se reaviva una adquisición nueva del espíritu más ó menos compleja por la primera ó la segunda vez. Estos recuerdos son los elementos más inestables de la memoria, tan inestables que muchos desaparecen para siempre: tales son la mayor parte de los hechos que se nos presentan todos los días, á todas horas. Por claros y por intensos que sean estos recuerdos, tienen un minimum de organización. Pero á cada reavivamiento voluntario é involuntario ganan estabilidad; su tendencia á la organización se acentúa.

Por bajo de este grupo de recuerdos enteramente conscientes y no organizados, se encuentra el grupo de los recuerdos conscientes y semi-organizados, por ejemplo, una lengua que estamos aprendiendo, una teoría científica ó un arte manual que no poseemos más que á medias. Aquí, el carácter muy individual del primer gru-

po se borra; el recuerdo se hace cada vez más impersonal; se objetiva. La localización en el tiempo desaparece porque es inútil. Aquí y allí, algunos términos aislados traen consigo impresiones personales que los localizan. Recuerdo haber aprendido una palabra en alemán ó inglés, en tal ciudad, en tal circunstancia. Esta es como una supervivencia, una señal de un estado anterior, una huella original. Poco á poco se destruye y este límite toma el carácter común é impersonal de los otros.

Este conocimiento de una ciencia, de una lengua, de un arte se afirma cada vez más. Se retira pogrésivamente de la esfera psíquica, para aproximarse más á la memoria orgánica. Tal es para un adulto la memoria de su lengua materna.

Más por bajo, caemos en la memoria completamente organizada y casi inconsciente: la de un músico hábil, la de un obrero, maestro en su oficio, la de una bailarina perfecta. Y, sin embargo, todo esto ha sido memoria en el sentido riguroso y ordinario de la palabra, memoria completamente consciente.

Se puede descender más todavía. El ejercicio de cada uno de nuestros sentidos (ver, tocar, marchar, etc.) supone una memoria completamente organizada. Se nos incorpora tanto que la mayor parte de los hombres no han sospechado

jamás en qué medida es adquirida. Sucede lo mismo con una multitud de juicios de la vida común. «Nadie dice que se *recuerda* de que el objeto que mira tiene un lado opuesto, ó que cierta modificación de la impresión visual implica una cierta distancia, ni que un movimiento de las piernas le hará avanzar, ni que el objeto que ve moverse es un animal vivo. Se consideraría como un abuso de lenguaje preguntar á otro si se acuerda de que el sol brilla, que el fuego abrasa, que el hierro es duro, que el hielo es frío (1). Y sin embargo, lo repetimos, en una inteligencia naciente, todo esto ha sido memoria en el sentido estricto.

No es necesario añadir que lo que precede es un bosquejo ideal, un esquema. Sería doblemente ilusorio querer dividir en secciones bien definidas una evolución que se hace por transiciones insensibles y que además varía en cada individuo.

¿Se puede ir más lejo aún? Se podría. Por bajo de los reflejos compuestos que representan la memoria orgánica en su más alto término, hay reflejos simples. Se puede admitir que estos re-

(1) Herbert Spencer, *Principes de psychologie*, t. I, 4.^a parte, C. VI. Este capítulo es muy importante para la memoria considerada desde el punto de vista de la evolución.

flejos, que resultan de una disposición anatómica innata, han sido ellos mismos adquiridos y fijados por experiencias sin número en la evolución de las especies. Se pasaría así de la memoria individual á la herencia, que es una *memoria específica*. Basta indicar esta hipótesis.

En suma, se ve que es imposible decir donde la memoria—sea psíquica, sea orgánica—concluye. En los que designamos bajo este nombre colectivo de memoria hay series que siguen todos los grados de organización, desde el estado naciente hasta el estado perfecto. Hay un paso incesante de lo inestable á lo estable, del estado de conciencia, adquisición mal asegurada, al estado orgánico, adquisición fija. Gracias á esta marcha continua hacia la organización se establece una simplificación, un orden en los materiales, que hace posible una forma de pensamiento más alta. Reducida á sí misma y sin contrapeso, tendería al aniquilamiento progresivo de la conciencia, haría del hombre un autómeta. Supongamos, por una hipótesis irrealizable, que un ser humano adulto sea colocado en condiciones tales que todo estado de conciencia nuevo—percepciones, ideas, imágenes, sentimientos, deseos—le falte: las series de estados de conciencia que constituyen cada forma de la actividad psíquica concluirían al cabo por organizarse tan bien que no se encontraría ya

en él más que un autómatas apenas consciente. Los espíritus limitados y rutinarios realizan esta hipótesis en una cierta medida. Encerrados en un círculo estrecho, del que han separado cuanto han podido lo nuevo y lo imprevisto, tienden hacia el estado de estabilidad perfecta, llegan á ser «máquina en todo»; para la mayor parte de su vida, la conciencia es una cosa supérflua.

Después de haber examinado nuestro asunto en todos sentidos, volvamos á nuestra proposición del comienzo. La memoria consciente no es más que un caso particular de la memoria biológica. Podemos, por consideraciones de otro orden, hacer ver una vez más que la memoria va unida á las condiciones fundamentales de la vida.

Todas las formas de la memoria, desde la más alta á la más baja, se apoyan en asociaciones dinámicas entre los elementos nerviosos y en modificaciones particulares de estos elementos, por lo menos de las células. Estas modificaciones que resultan de la primera impresión, no se conservan en una materia inerte, no se parecen al sello impreso en el lacre. Están depositadas sobre una memoria viva; ahora bien, todos los tejidos vivos están en estado de renovación molecular continua, el tejido nervioso más que ningún otro, y en el tejido nervioso, la sustancia gris más que la blanca, como lo prueba la exce-

siva abundancia de los vasos sanguíneos que la bañan. Puesto que las modificaciones persisten, hace falta que el acarreo de los nuevos materiales, que la disposición de las nuevas moléculas, reproduzca exactamente el tipo de las que son reemplazadas. La memoria depende directamente de la *nutrición*.

Pero las células no sólo tienen la propiedad de nutrirse. Están dotadas, por lo menos durante una parte de su vida, de la facultad de reproducirse; y ya veremos más tarde como este hecho explica ciertos restablecimientos de la memoria. En opinión de todos los fisiólogos, esta reproducción no es, por lo demás, sino una forma de la nutrición. La base de la memoria es, pues, la nutrición: es decir, el proceso vital por excelencia.

No insisto más, por ahora, sobre este punto. Cuando hayamos hablado de los desórdenes de la memoria, de sus excitaciones y de sus depresiones, de su suspensión momentánea, de sus desapariciones y de sus vueltas bruscas, de sus debilitamientos progresivos, podremos volver sobre ella con provecho; entonces se revelará por sí misma la función capital de la nutrición. Hasta ahora nos hemos limitado á los preliminares de nuestro estudio: la memoria en estado sano. Es tiempo de estudiar su estado morbozo. La patología de la memoria completa su fisiología; veremos si la confirma.